



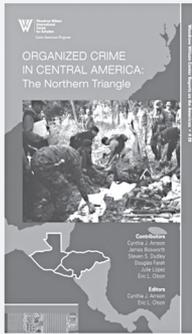
RECENSIONES

* Organized Crime in Central
America: The Northern Triangle
Benjamín Badura



“ORGANIZED CRIME IN CENTRAL AMERICA: THE NORTHERN TRIANGLE”

Dr. Benjamín Badura



Título: “Organized Crime in Central America: The Northern Triangle”

Autores: Cynthia J. Arnson, Eric L. Olson, Steven S. Dudley, James Bosworth, Douglas Farah, and Julie López

Editorial: Woodrow Wilson International Center for Scholars, Latin American Program

Año: 2011

ISBN: 1-933549-70-X

Disponible en:

http://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/LAP_single_page.pdf

En el libro se encuentran los siguientes contenidos temáticos: Una introducción, escrita por los dos editores, que presenta el tema y resume los resultados más importantes de los artículos. Después sigue un trabajo sobre las organizaciones de narcotraficantes en Centroamérica por Steven S. Dudley, de carácter orientador y apuntando un marco de análisis. El próximo artículo, sobre el crimen organizado en Honduras, se ubica en el contexto actual de la crisis del Estado hondureño, y está escrito por James Bosworth. Sigue un estudio de James Farah que trata sobre el crimen organizado en El Salvador, donde analiza sus dimensiones domésticas y transnacionales. Por último, se encuentra el artículo de Julie López que se enfoca en el estado de la violencia en Guatemala y sus implicaciones para el proceso de democratización.

El objetivo del libro es entender mejor cómo ha evolucionado el crimen organizado en Centroamérica y cuáles son sus conexiones con los cárteles de México y Colombia. La pregunta es: ¿Qué rol juega esta región dentro de los eslabones de abastecimiento de mercancía ilícita entre los Andes y Estados Unidos, y como se han relacionado los grupos involucrados a través del tiempo?

Ideas fuerza

Los autores destacan ciertos puntos principales para describir la situación actual. Los gobiernos centroamericanos han estado, desde hace cierto tiempo, manteniendo redes clandestinas para proteger los intereses del Estado y de la seguridad nacional. Estas estructuras no fueron desmanteladas después de los conflictos armados, por lo que siguen funcionando detrás de la institucionalidad democrática la cual se convierte, en consecuencia, en una farsa. Se explica que la amenaza para la seguridad pública está latente, y que la violencia puede estallar en cualquier momento. Eventos como el tiroteo en un centro comercial de Guatemala ilustran esta realidad de forma drástica.

El sistema de seguridad pública no está lo suficientemente bien equipado como para luchar efectivamente contra estas redes clandestinas, que tienen un gran poder adquisitivo y acceso a lo último en armamento y tecnología. La reacción que los gobiernos han tomado es cerrar, en lo posible, esta brecha en equipamientos por medio del suministro externo de armas, conocimientos, fondos e infraestructura a los órganos legales de seguridad.

Estas respuestas cuentan muchas veces con un apoyo financiero por parte del gobierno de los Estados Unidos, actualmente para los tres países: Guatemala, El Salvador y Honduras. Este apoyo suma medio billón de dólares, desembolsado durante los últimos cuatro años a través del programa CARSI (por sus siglas en inglés¹). Ese dinero se ha estado usando para el despliegue de agentes del FBI y para comprar equipamiento policial que incluye computadoras, *software*, equipos de detección de narcóticos y vehículos. También una buena parte de los fondos se destinan a la sede de la ILEA² en San Salvador, un proyecto en ejecución que consiste en la construcción de un complejo en Antigua Cuscatlán (un municipio del Gran San Salvador) que contará con 5 edificios sobre una superficie de más de 38,000 m² (incluyendo el laboratorio, los dormitorios, la sala de reuniones, el gimnasio, el área recreativa, etc.).

Evolución del crimen organizado en Honduras, El Salvador y Guatemala

En El Salvador, las estructuras clandestinas se originan en los años setenta y ochenta del siglo XX. Su aparición está fuertemente ligada al conflicto armado interno. Eran redes que proveían a ambos bandos en conflicto de armas, inteligencia y contactos internacionales. Al final de la guerra algunos integrantes de estos grupos se transformaron rápidamente en grupos criminales pesadamente armados que no tardaron en establecer alianzas con narcotraficantes y contrabandistas. También mantuvieron redes de inteligencia internacional que han traspasado las capacidades y alcances de las instituciones estatales creadas después de terminada la guerra civil.

En Guatemala el crimen organizado está basado, históricamente, en el involucramiento de los "capos" en actividades ilícitas a partir de los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Sus raíces se extienden al ejército, a los escuadrones de la muerte³ y a ex-oficiales de aduana. Sus miembros más destacados sirvieron como conexiones entre el mundo de la política y el crimen. La fuerte presencia de militares en el gobierno facilitó ese tipo de doble vida en Guatemala. A partir de los años noventa, cárteles colombianos empezaron a penetrar en el territorio guatemalteco y a tejer una red de amistades con militares y campesinos.

Por su parte, en Honduras el narcotráfico ha estado históricamente bajo el control de los transportistas y se establecieron a partir de los años setenta del siglo pasado. En los años ochenta y noventa, organizaciones colombianas ligadas a los grupos guerrilleros mantenían el control sobre muchas de las rutas del tránsito ilícito por este país, ya partir de los años 90 los cárteles mexicanos empezaron a reforzar su presencia en Honduras, aparentemente con el consentimiento silencioso de los colombianos que se retiraron paulatinamente. En el presente, los cárteles mexicanos consideran a este país como su más fuerte interés. Sin embargo los transportistas domésticos se han mantenido como fuerza independiente en el negocio, aunque en un segundo rango. Últimamente se ha notado la presencia de bandas venezolanas que se han apoderado de algunas rutas aéreas y marítimas.

Factores que han facilitado el desarrollo del crimen organizado en los tres países

Específicamente la geografía y los vacíos institucionales son considerados los dos factores de mayor importancia. Por un lado, están las largas líneas de la costa marítima, y muchos puntos ciegos en las fronteras terrestres que se prestan a todo

1. Central American Regional Security Initiative
2. International Law Enforcement Academy
3. Grupos paramilitares al margen de la ley

tipo de servicios logísticos y de contrabando. Por otro lado, está la proximidad a los mercados de Estados Unidos y México.

En El Salvador y Guatemala, los acuerdos de paz y las reformas de las instituciones de seguridad del Estado no incluyeron este tema en sus planteamientos originales, lo que facilitó la infiltración de tales grupos en las instituciones. Además, en los tres países la corrupción estatal es un elemento importante en el auge del crimen organizado, ya que le garantiza la impunidad y facilita sus operaciones, mientras que la desconfianza generalizada hacia las instituciones del Estado hace que la población dude en acercarse a ellas para colaborar en el combate al crimen de cualquier índole.

El auge de las pandillas en los tres países que se dio a partir de las políticas reforzadas de deportación en los Estados Unidos, es también parte del engranaje en la situación actual, porque las pandillas ofrecen a los narcotraficantes una amplia gama de micro-servicios tales como la intimidación, el asesinato, la vigilancia y la seguridad. El rol de las pandillas es, por ende, uno de subcontratación. Su base de operaciones es local y se encuentran, sobre todo, en los centros urbanos donde se apoderan de ciertas comunidades y barrios. El sistema penitenciario trabaja en forma deficiente e insuficiente como para impedir que los cabecillas presos sigan controlando las operaciones ilícitas de sus grupos desde la cárcel; por el contrario, las pandillas usan las prisiones para reclutar nuevos miembros y almacenar armas, drogas y otros insumos que les hacen falta para coordinar sus redes.

El sistema financiero, por su parte, es bastante vulnerable a los abusos por lavado de dinero ya que carece de regulaciones eficientes y canaliza, sin distinción alguna, altas cantidades de dinero en efectivo, principalmente por medio de pago de remesas.

Las relaciones con los cárteles de México y Colombia

Los cárteles, grandes productores y distribuidores de drogas, se relacionan sobre todo con grupos de transportistas, pandillas y miembros del gobierno para garantizar el flujo continuo de mercancías ilegales por los territorios de El Salvador, Honduras y Guatemala.

Las pandillas se usan sobre todo para servicios de vigilancia, seguridad y para hacer valer los contratos informales entre los agentes involucrados en las cadenas de valor.

Los grupos de transportistas locales son importantes, sobre todo porque tienen buenos contactos con la policía u otros agentes estatales de nivel intermedio y de base, lo que les asegura el transporte de su producto sin molestias. Además, controlan recursos estratégicos como almacenes y rutas de transporte que están a salvo de la vigilancia de las autoridades locales.

Los miembros corruptos de los gobiernos en los cuales se apoyan, les sirven para proveer sus operaciones de inteligencia estatal clave para evitar controles y pérdidas de cargamentos por confiscación. Por eso se buscan muchas veces aliados dentro del ejército, como ha sido el caso en Guatemala.

Crítica metodológica y conceptual

Desde el punto de vista metodológico, el reto para los autores era similar al de tomarle una foto a un largo tren en plena marcha. Se necesitaría equipamiento muy

sofisticado para que el retrato no quedara un tanto borroso. Así que se decidieron por tomar una ruta alternativa: En vez de ir a la calle y tomarle la foto al tren, se fueron a la estación y entrevistaron al personal de esta para saber más sobre ese mismo tren: ¿Qué tan grande es? ¿Cuántos pasajeros llevan? ¿Cuánto dinero trae? ¿Quiénes lo manejan? ¿Quiénes se quedan en y con los furgones, etc.?

La información recolectada de esta forma es clara pero –al lado de tener mucho de anecdótico– nos cuenta probablemente más sobre los intereses y la imaginación de los controladores que sobre la verdadera forma, el funcionamiento y contenido del tren. Según ellos, el tren no solo es un narco-tren. También lleva queso, armas, gente y mercancía no-alucinógena. Se para en los barrios de los pandilleros tal y como sucede en las oficinas importantes de los centros de gobierno. Alguna de la gente en el tren son ciudadanos respetables, otros son villanos, otros son partidos por la mitad: tienen una faz “limpia” y una “polvorosa”. Así que siempre y cuando los controladores se suben al tren para arrestar y confiscar, los pasajeros ya están enterados y se han bajado antes o se dejan llevar para salir libres más tarde y subirse de nuevo.

Como se puede imaginar, eso frustra bastante a los controladores. Su trabajo es arriesgado y la ganancia al final es bien poca, o hasta nula, mientras que los pasajeros del tren viven la “vida loca” de los reyes de la coca, a la que los controladores a menudo se refieren como si lo hubiesen visto en una película: carreras de caballos y carros, “narcocorridos”, pueblos enteros cerrados para hacer fiestas, mariachis que vienen en helicóptero desde México, etc.

Hay claridad al exponer que la guerra contra el crimen organizado no solo es un asunto de hacer cumplir las leyes. Según lo expuesto, el esfuerzo debe ir más allá y dirigirse hacia la defensa de las instituciones democráticas en Centroamérica como tal.

Por cierto, según la teoría tradicional de la gobernanza, un gobierno que no puede garantizar la seguridad y mantener el monopolio de la violencia tiene un grave problema de legitimidad. Sin embargo estamos viviendo un crecimiento de la economía informal que engulle no solamente al tráfico de drogas sino a una serie de servicios tradicionalmente manejados por los gobiernos, tales como la educación, la seguridad, la salud y la justicia. En el mismo plano se encuentra el decaimiento de la estructura familiar tradicional y las formas de convivencia, en grupos o en pareja, sin que medie alguna sanción de la autoridad estatal o de otra índole.

La tolerancia de la población frente a prácticas ilegales seguramente ha crecido significativamente durante las últimas dos o tres décadas (si es que no había sido ya bastante alta desde antes). Asimismo, se han estado desarrollando una serie de micro-estrategias para manejar la situación a nivel individual. Los nuevos medios de comunicación como el internet y la telefonía móvil les prestan a los actores las herramientas necesarias para coordinar sus actividades bajo este nuevo esquema social.

Estas tendencias quedan completamente fuera del libro en cuestión, y le restan un poco su utilidad como fuente de información u orientación política. Tampoco nos dice mucho sobre los avances para detener los flujos de “narcodineró” dentro de las instituciones financieras, que como es sabido, constituye uno de los medios de daño más efectivos por parte del crimen organizado.

Por razones de seguridad, no se pueden dar los nombres ni de los entrevistados ni de los documentos usados, por ejemplo: Aseveraciones como las que afirman que las redes de narcotraficantes en El Salvador llegan hasta los más altos niveles se basan justamente en un documento confidencial, entrevistas anónimizadas y un artículo de periódico que ya no se encuentra bajo la dirección de internet suministrada por el autor. Aunque no se dude mucho de tal afirmación, el artículo es bastante vulnerable a reproches del tipo que plantea cuadros avanzados de deterioro general sin preocuparse mucho por seguir el camino espinoso de una investigación a fondo.

Y con respecto a las repuestas que han desarrollado para la presente situación Estados Unidos y los países de la región, otra pregunta más queda abierta al final: Para un ciudadano común y corriente, ¿qué más le da morir accidentalmente en un tiroteo entre narcotraficantes y policías, en una plaza pública, por un arma del Estado o de un “empleado” de los reyes de la coca?. Esta pregunta resume la paradoja de quienes se encuentran en medio de todas estas interacciones regionales.